correas, lo llevaron á la bañera y lo bajaron al agua lentamente, con el temor de que se les escapase.

Pedro que, horrorizado, no podía menos de mirar, vió muy bien al cuerpo sumergirse, con su pobre ropa. que se pegaba á los huesos, dibujando el esqueleto. Flotaba como un ahogado. Luego, lo abominable fué que la cabeza, á pesar de su rigidez cadavérica, caia hacia atrás, debajo del agua. En vano los hospitalarios levantaban las correas de las espaldas; el hombre estuvo á punto de escurrirse al fondo del baño.

¿Cómo hubiera podido volver á respirar, si tenía la boca llena de agua, con sus grandes ojos abiertos, que parecían morir otra vez?

Durante los tres interminables minutos que lo tuvieron metido en el agua, los dos padres de la Asunción y el capellán, en un paroxismo de deseo y de fe, se esforzaron en violentar al cielo, á voz en grito.

—¡Señor, mírale solamente, y resurcitará!... ¡Señor, que se levante á tu voz, para convertir á la tierra!... ¡Señor, no tienes más que decir una palabra, para que tu pueblo te aclame!...

Como si alguna vena se le hubiese reventado en la garganta, el padre Massías cayó de codos, con un ronco resuello y sin fuerzas para besar el suelo.

De fuera llegó el clamor del gentío, y al grito, repetido sin cesar, que el capuchino seguía lanzando:

«¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos!...»

Aquello caía tan singularmente, que hacía sufrir más á Pedro. A su lado, sentía al marqués extremecerse. De modo que todo el mundo experimentó un alivio, como si les quitaran un gran peso de encima, cuando Berthaud, decididamente disgustado de la aventura, dijo con voz brusca á los hospitalarios:

—¡Saquenlo! ¡Sánquenlo!

Un minuto después, el hombre volvía á estar tendido en las andas, con sus ropas de ahogado pegadas á los miembros. Chorreaban sus cabellos; la sala quedó encharcada; y el muerto, muerto se quedó; naturalmente.

Todos se levantaron y le miraron con fijeza, en medio de un silencio doloroso. Cubriéronle y se lo llevaron. El padre Fourcade seguía detrás, apoyado en el hombro del padre Massías y arrastrando la pierna, cuya pesadez había olvidado un momento. Recobraba ya todo su fuerte serenidad, y se le oyó decir á la muchedumbre, en un instante de silencio:

—Carísimos hermanos; Dios no ha querido devolvérnoslo. Es que en su infinita bondad, lo guarda sin duda entre sus elegidos.

Y no hubo más; ya nadie volvió á ocuparse del muerto.

Nuevamente traían enfermos. Las otras dos bañeras estaban ocupadas. El niño Gustavo, que había observado la escena con ojos sagaz y

curioso, sin terror ninguno, acababa de desnudarse. Su miserable cuerpo escrofuloso apareció con sus costillas salientes y su espina dorsal, tan flaco que sus piernas parecían bastones, sobre todo la izquierda, seca, reducida al hueso; y presentaba dos llagas, una en el muslo y la otra en la espalda, horrible, en carne viva. Sin embargo, se sonreía, tan aguzado por el mal, que parecía tener la razón y la filosofía animosa de un hombre, admirable á su edad de quince años con apariencias de diez escasos.

El marqués de Salmón-Roquebert, que lo había tomado delicadamente en sus brazos, rehusó la ayuda de Pedro.

—Gracias; pesa menos que un pájaro.,. No tengas miedo, chiquitín, iré con cuidado.

—¡Oh! No me expanta el agua fría. Puede usted sumergirme, caballero.

Y efectivamente, fué sumergido en el baño en que habían remojado al muerto. Las señoras Vignerón y Chaise, que no podían entrar, estaban arrodilladas á la puerta y oraban devotamente, mientras que el padre, el señor Vignerón, admitido en la sala, se persiguaba repetidas veces.

Viendo que ya no lo necesitaban, Pedro se marchó. Acordóse de pronto de que hacía tiempo que habían dado las tres, de que María le debía estar esperando y apresuró el paso.

Pero al tratar de abrirse camino entre la multitud, vió llegar á la muchacha, arrastrada en su carretilla por Gerardo, que no había cesado de conducir enfermos á las piscinas.

María se había impacientado, súbitamente invadida por la certeza de que al fin se encontraba en estado de gracia. Al encontrarse con Pedro, le dijo:

—¡Oh, amigo mío, se olvidó usted de mí!

El no supo qué contestar, y la miró desaparecer por la puerta que daba acceso á la piscina de mujeres. Después cayó de rodillas, moralmente triste.

Allí quería el esperarla, prosternado, para conducirla á la Gruta, seguramente curada, cantando alabanzas.

Puesto que estaba segura de curar, ¿cómo no había de recubrar la salud? En vano buscaba palabras de oración en el fondo de su ser transtornada. Permanecía bajo la impresión de las cosas terribles que acababa de ver físicamente fatigado, con el cerebro deprimido, sin saber ya lo que veía, ni lo que creía.

Lo único que le quedada era su loca ternura por María, que le hacía sentir la necesidad de suplicar y humillarse, pensando que los pequeños cuando aman mucho y suplican á los poderosos, concluyen por obtener gracias. Y quedó sorprendido de sí mismo, al darse cuenta de que repetía con la muchedumbre, con angustiosa voz, salida del fondo de su ser;

—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos!..-

Esto duró diez minutos, tal vez un cuarto de hora. Luego María reapareció en su carretilla. Tenía el rostro desesperado y pálido, y sus hermosos cabellos atados en un mazo de oro, que el agua no había tocado.

No estaba curada.

Un estupor de infinito desaliento le había desencajado el rostro y apartaba la vista como para evitar la de Pedro, quien con el corazón helado, se decidió á empuñar el timón del carrito y la condujo nuevamente á la Gruta.

Y los gritos de los fieles, arrodillados, puestos en cruz, besando la tierra, continuaba con creciente locura, excitada por la aguda voz del capuchino:

—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos?...

Al ser reinstalada delante de la Gruta, María sufrió un desmayo. En seguida, Gerardo, que estaba presente, vió acudir á Ramona con una taza de caldo. Uno y otra rivalixaron en celo cerca de la enferma.

Ramona, sobre todo, insistía en que tomase el caldo, sosteniendo la taza con aire mimoso de buena enfermera; en tanto que Gerardo pensaba que realmente era muy simpática aquella joven sin fortuna, experimentada en las cosas de la vida, dispuesta á dirigir con mano firme una casa, sin dejar de ser amable. Berthaud debía tener razón: era la mujer que necesitaba.

—Señorita, ¿quiere usted que la incorpore un poco?

—Gracias, caballero; tengo fuerza bastante... pero se lo haré tomar con la cuchara... irá mejor.

Vuelta en sí, obstínada en su hosco silencio, María rehusaba el caldo con el gesto. Quería que la dejasen tranquila; que nadie le hablase. Cuando los otros dos se hubieron alejado, sonriéndose, María dijo á Pedro con voz sorda:

—Y mi padre, ¿no ha venido?

Después de un momento de vacilación, el cura tuvo que confesar la verdad:

—Le dejé dormido y no habrá despertado.

Entonces María, recayendo en su anonadamiento, le dispidió á él también, con el gesto que adoptaba para rechazar todo socorro. Inmovil, ya no rezaba, sino que miraba fijamente con sus grandes ojos á la Virgen de marmol, la estatua blanca, en medio del resplandor de la Gruta.

Dieron las cuatro, y pedro se fué, con el corazón destrozado, á la oficina de los reconocimientos médicos, recordando la cita que le había dado el doctor Chassaigne.

IV.

El doctor Chassaigne aguardaba á Pedro delante de la oficina de los reconocimientos. Pero había allí un gentío compacto y febril, que espiaba á los enfermos que entraban, preguntándoles y aclamándoles á la salida, cuando se propalaba la noticia del milagro: un ciego que veía una sorda que oía, una paralítica que recobraba nuevas piernas.

Costóle á Pedro mucho trabajo atravesar aquel gentío.

—Y bien—preguntó al doctor;—¿vamos á tener algún milagro, pero verdadero, incontestable?

El doctor se sonrió, indulgente en su fe nueva.

—¡Ah! Los milagros no se hacen de encargo. Dios interviene cuando quiere.

Varios hospitalarios guardaban severamente la puerta. Pero tódos conocían al doctor, y se apartaron respetuosamente para dejarlo entrar con su compañero.

Aquella oficina en que se consignaban las curas, se hallaba muy mal instalada en un barracón de tablas, compuesto de dos piezas, una pequeña antesala y una sala común de reunión, bastante capaz.

Tratábase de mejorar aquel servicio, instalándole con más holgura el año venidero, bajo una de las rampas del rosario, donde se preparaba ya un vasto local.

En la antesala, cuyo único mobiliario, consistía en un banco de madera, Pedro vió a dos enfermas sentadas, esperando turno, bajo la vigilancia de un joven hospitalario.

Pero, cuando penetró en la sala común, sorprendióla el número de personas allí acomuladas mientras que el calor sofocante, condensado entre las paredes de madera, caldeadas por el sol, le quemaba el rostro. Era una pieza cuadrada, pintada de amarillo claro, desnuda, con una sola ventana, cuyos cristales habían sido blanqueados con cal, para que el gentío que se apiñaba fuera no pudiese ver nada. No se atrevían siquiera á abrir la ventana para que entrase un poco de aire, pues en seguida se asomaban una infinidad de cabezas curiosas.

Los muebles de aquella oficina se reducían á dos mesas de pino, de desigual altura, colocadas á lo largo, una pegada á la otra y desprovistas de tapete, un gran casillero, lleno de papeles, legajos, registros y folletos, unas treinta sillas de paja y dos sillones despellejados, para los enfermos.

El doctor Bonamy se levantó á recibir al Sr. Chassaigne, que era